

Del placer de ser al placer de pensar

Vicenç Arnáiz Sancho
Psicólogo. Menorca

Resumen

En nuestra época se concibe la construcción y el respeto a la identidad como una referencia básica no sólo del proceso educativo sino también de nuestra propia vida. Parece como si nuestra identidad fuera lo más preciado de nosotros y nuestra meta permanente tuviera que ser nuestro propio desarrollo personal. El tejido emocional tiñe el paisaje en el que percibimos la propia existencia. En la estructura afectiva instalamos los referentes más arcaicos del vivir. Nuestra especie tardó millones de años en evolucionar hasta el «homo sapiens» como logro evolutivo de base fundamentalmente biológica y de transmisión genética. Sin embargo, en unos pocos cientos de años se ha transformado nuestra estructura de convivencia, nuestra relación con las demás especies, con el universo material y con nosotros mismos. La generación de conocimientos y su transmisión ha devenido una nueva forma de evolución de la especie.

Generada y valorada esta capacidad inteligente de cada individuo será el pensamiento el eje desde el que se construye la identidad porque es aquel quien descubre, construye, elige, informa, transforma,... las relaciones.

Palabras clave

Identidad, emociones, relaciones, tiempo, pensamiento, infancia.

Abstract

In our time the construction and respect of the identity are considered as a basic reference not only in the educational process but also in our own life. It seems as though our identity were our most precious part and our permanent goal had to be our own personal development. The emotional fabric colours the landscape where we perceive our own existence. We install the most archaic referents for living within the emotional structure. It took our species millions of years to evolve to the 'homo sapiens' as a genetically transmitted evolutionary success on a mainly biological basis. However, in some hundred years our coexistence structure, our relationship with other species, with the material universe and with ourselves has been transformed.

Generating and transmitting knowledge has become a new form of the species evolution. Once this intelligent ability in each individual has been generated and valued, thought will be the axis from which identity will be cons-

tructed. This is so because it es the one to discover, construct, choose, inform and transform...the relations.

Key words

Identity, emotions, relations, time, thought, childhood.

Introducción

En nuestra época se concibe la construcción y el respeto a la identidad como una referencia básica no sólo del proceso educativo sino también de nuestra propia vida. Parece como si nuestra identidad fuera lo máspreciado de nosotros y nuestra meta permanente tuviera que ser nuestro propio desarrollo personal. Sin embargo la mayoría de conocimientos los adquirimos observando y escuchando a los otros. Incluso nuestra conciencia de ser necesita del ser observado. No hay identidad sin proximidad.

Lo más frágil y perecedero de nosotros mismos, nuestro cuerpo, es el soporte material de nuestro YO y sin embargo bien pocos átomos quedan de los que constituían nuestro organismo 10 años atrás. Lo que permanece no es nuestra materia sino su forma, es decir, las relaciones que establecen entre sí las partículas que nos «constituyen». El concepto identidad se desentiende del cambio de materia y sustancia, para centrarse en el cambio de imagen. La identidad sólo se apoya en la propia memoria sin embargo hay quien pretende que el «yo» sea el argumento para vivir instalado en el presente.

Hay quien se plantea que la incertidumbre ante qué es la verdad es compensable con la sinceridad. Así los ar-

gumentos son suplantados por las opiniones personales. A pesar de todo acabamos descubriendo que nuestro empeño en ser precisa la capacidad de entender nuestro entorno y como relacionarnos con él.

El tejido emocional tiñe el paisaje en el que percibimos la propia existencia. En la estructura afectiva instalamos los referentes más arcaicos del vivir. Desde el primer momento el deseo y la necesidad de vivir se convierten en capacidad de crecimiento hasta llegar a identificarse y confundirse el vivir y el crecer.

Crecer tiene que ver con la decisión de entender el mundo, entenderse con los demás y comprenderse a uno mismo. A menudo identificamos la afectividad solo con el grado de complacencia en las relaciones y como fuente de energía. A menudo olvidamos que la afectividad también tiene que ver con el pensamiento (qué pensamos, cómo pensamos y, hasta, porqué pensamos).

Nuestra especie tardó millones de años en evolucionar hasta el «homo sapiens» como logro evolutivo de base fundamentalmente biológica y de transmisión genética. Sin embargo en unos pocos cientos de años se ha transformado nuestra estructura de convivencia, nuestra relación con las demás especies, con el universo material y con nosotros mismos. La generación de conocimientos y su transmisión ha devenido una nueva forma de evolución de la especie. Esta aceleración en el proceso de humanización es fruto de la generación del lenguaje y sobretodo de su función en la creación de pensamiento. Esta transformación profunda no tiene una base biológica sino cultural y su transmisión no es genética sino educativa, comunicativa y cultural.

Podemos hablar de los conocimientos tanto como de una amenaza como de una esperanza de futuro. La falta de liturgias, ritos e ideologías nos dejaría desarmados en la relación con los demás. Los proyectos nacen de la relación entre inteligencias y emociones ...y hacen preciso encontrar suficiente espacio entre el «todavía no» y el «ya es tarde».

Generada y valorada esta capacidad inteligente de cada individuo será el pensamiento el eje desde el que se construye la identidad porque es aquel quien descubre, construye, elige, informa, transforma,... las relaciones. El niño y la niña ya no sólo experimentan sino que narran. La niña y el niño ya no solo comprenden sino que inventan. El niño y al niña descubren su poder destructivo pero se enamoran de su propia capacidad moral. El niño y la niña ya no solo sienten sino que dan sentido. La niña y el niño usan el orden para comprender y transformar. El niño y la niña en su experiencia estética descubren la belleza como la forma más acelerada de inteligencia... hasta descubrir el saber como una experiencia amorosa y así acortar la distancia entre el cerebro y el corazón.

A veces tanta imagen hace que nos volvamos sujetos «videns», videntes, nos pasamos el día mirando y tengamos una sordera colectiva donde la palabra o la relación queda en segundo término. Y hablando de identidad, sería un riesgo que la imagen dominara el discurso. Porque si en la identidad nos quedamos con la imagen, entonces suena a vacío.

He cambiado la imagen (del power point que presenta la ponencia) puesto que estamos en un discurso sobre la metáfora. Sabéis que la imagen que hay en el cartel es otra pero por oportunidad política y social de estos días

nos ha parecido oportuno sugerir esta otra metáfora.

Creo que es algo importante para todos y todas. Lo que voy a decir no creo que sea nada distinto a lo que cualquiera de vosotros pueda decir, en todo caso lo diré con mi voz, con mi acento catalán y ordenado a mi manera. Tampoco es exactamente todo lo que pienso, porque la cuestión de identidad, como cualquier otra cosa, pertenece a una dimensión tan compleja que depende de matices, de la manera en que te sale, las caras que ves, y vas tomando un derrotero u otro. Y en todo caso, seguro que no hablo sólo de niños y niñas porque los niños y niñas no existen solos, existen grupos sociales en los que hay niños y sí existe algo que es la infancia, pero confundir la infancia con los niños es confundir «la velocidad con el tocino».

La infancia es una categoría mental, un concepto que tiene su valor, un valor centrado en la sociedad moderna, en la pedagogía moderna, pero la infancia no se acaba con la edad, ni siempre, por desgracia, tiene que ver con la edad. Hay niños que no tienen infancia y lo que caracteriza la infancia, que es el crecimiento, se supone que no se acaba. Por eso hablaré de infancia, las referencias que haré no son sólo para los niños. Creo que los niños solos no existen. Existe la infancia, existe la feminidad, pero la feminidad sola no existe. No existen las mujeres solas. Existe la masculinidad pero es imposible pensar en la existencia de hombres solos, de niños solos, de viejos solos, de pobres solos, de ricos solos. Existe un contexto social, cultural, histórico en el que todo se mezcla y, en todo caso, sí que para enriquecer el análisis va bien coger dimensiones.

La evolución social y cultural y el poder del símbolo

Esta capacidad de dar diferentes categorías mentales a diferentes niveles de realidad es lo que caracteriza la modernidad, es lo que permite, lo que hace posible el lenguaje. Y mucho más a partir de principios del siglo XX, donde entramos en la reflexión de que la realidad no se sabe exactamente lo que es. La realidad es polisémica y en todo caso tiene muchas interpretaciones. El instrumento para intervenir en la realidad es el lenguaje, son las ideas, las ideas que se actúan, no sólo por ideas, pero se organiza la acción a partir de las ideas. Esto es lo que hace posible que la evolución humana diera un salto cualitativo fundamental. Durante siglos, milenios, la evolución de la sociedad humana era una evolución que se permitía por procesos biológicos, por procesos genéticos, mutaciones, conquistas centenarias que se llegaban a consolidar por un proceso genético, y en pocos años, en apenas un centenar de años, la evolución social y cultural ha sido enorme, porque ha dejado de ser una evolución biológica, una evolución basada exclusivamente en el hacer, para convertirse en una evolución de base simbólica donde cambiamos fundamentalmente no la materia sino el sentido que le damos a la materia.

Podríamos poner como ejemplo la infancia o la feminidad. Yo creo que las mujeres del siglo XX o del siglo XXI biológicamente son muy parecidas a las del siglo XIX, XVIII, XVII, XVI, hay cambios biológicos pero son muy relativos. En cambio, la vivencia, la existencia, la feminidad, el ser mujer ha evolucionado muchísimo, pero no porque se haya producido un cambio biológico sino porque

hemos producido un cambio simbólico. Esto da un inmenso poder, una inmensa capacidad al símbolo. El símbolo se convierte en el referente, en el lugar donde existimos, No existimos en un cuerpo XX sino que existimos en un cuerpo de mujer del siglo XXI, o de hombre el siglo XXI. No somos adultos y niños juntos sin más, sino que somos adultos con una función educadora que construimos sin movernos, pensando, atribuyendo valor, significado, construyendo proyectos, que nada tienen que ver con la relación biológica o poco tienen que ver con la evidencia de lo que hay de biológico compartido entre los niños y nosotros.

La educación no es más que un proceso simbólico. No es más ni nada menos que un proceso simbólico en el que nos instalamos y nos transformamos. Eso da un inmenso poder a la relación simbólica, al poder simbólico, al símbolo, a la metáfora y da un inmenso poder al saber y a la razón. Si la transformación es biológica, pues el hijo del conde tiene que ser conde y el hijo del rey tiene que ser rey, el hijo del rico será rico y el hijo del listo será listo y el hijo del tonto será tonto, pero no por otros mecanismos sociales sino sencillamente por que se le contagia por sangre. Desde Descartes a la Ilustración apareció el derecho a ser individuo y el derecho a ser individuo es el derecho a pensar, y el derecho a pensar no se adquiere por derecho de sangre, por capacidad biológica, sino por capacidad mental y eso es lo que genera la educación.

Aparece la Revolución francesa, la Revolución inglesa y aparece la modernidad en la que todos somos capaces de crecer, de tomar decisiones, más allá de cual sea nuestra estirpe y eso es lo que hace posible la educación, y eso es lo que no sólo la hace posible sino que la hace necesaria. También es verdad que hubo un momento en el que

creímos (y a veces en la educación, en las escuelas seguimos en ello), que a través de la educación se cambia el mundo y eso es mientras te dejan, que los únicos que pensamos no somos los maestros, ni las maestras, ni los papás ni las mamás, hay otra gente que piensa y también mueve sus hilos. Pero sí que es en base al poder del símbolo, al poder de la racionalización y al poder de la transmisión de la creación de pensamiento a través de los procesos de relación, en la que es posible y es la base desde la que construir la ciudadanía, la identidad, pero eso no es de la infancia, eso es de todos y no es posible pensar en una ciudadanía peculiar con más derechos de la infancia porque eso no existe. O hay ciudadanía para todos o no hay para nadie.

La ciudadanía es una relación, es una dialéctica, no puede existir un ciudadano solo en Madrid y los demás esclavos y tampoco puede existir un ser de identidad en la familia y los demás cuidadores del niño. O todo el mundo tiene su capacidad de decisión sobre sus necesidades y su nivel de participación, o no lo tiene nadie. No es posible argumentar ni sostener el derecho del conde a sus privilegios si eso no es comparado no sólo en la riqueza sino tampoco en los derechos, en las capacidades de vivir. Eso crea también una angustia que es el grado exagerado de responsabilidad que adquirimos en la educación. Y cuando digo educación, quiero decir la educación, no la escuela.

Las responsabilidades de la familia

Hemos pasado en muy pocos años, (tantos que en la memoria de algunos de los que estamos aquí sabemos de eso), en la que el papel de la escuela

era sólo el de alimentar a los niños, y lo sigue siendo en buena parte del mundo. Después se pidió a las familias que, además de alimentarlos, los cuidaran sanitariamente. No hace muchos años que en las escuelas se hacían las revisiones médicas, porque no estaba claro que las familias pudieran o supieran ocuparse de esto. Hoy, prácticamente en ninguna escuela se hace revisión médica. Las familias son las responsables de la salud. Y después de eso se exigió a las familias, se confió en las familias para que educaran los hábitos, la autonomía. Y después añadimos a eso que la familia ayudara a aprender a los niños. Y después les pedimos que enseñaran a los niños a ser listos, lo importante no era aprender sino la capacidad y que desarrollaran procesos de desarrollo de capacidades intelectuales, de manera que buena parte de las familias de este país y muchos países que no están preocupados por la alimentación, están preocupados por el desarrollo intelectual de sus hijos, de manera que se dedican a reafirmar, a comentar con frecuencia lo listos que son sus hijos, porque consideran que esa es una exigencia. Si hace veinte años se comentaban las mejillas rojas como índice de lo bien alimentado que está el niño, ahora se dice «fíjate qué listo».

Hemos pasado de la alimentación, a la salud, a los conocimientos, a las capacidades intelectuales y hemos añadido además a las familias ahora la sobrecarga de la felicidad. Los niños tienen que ser felices y si el niño no llega feliz a la escuela, ¡que pesadez! y evidentemente, es la madre la que tiene la culpa. El padre debería, pero bueno, tú ya ves a la madre, ¡que quieres!

Hemos construido un proceso entre todos en el que pedimos, exigimos a la familia, y se entiende a la madre, que alimente, eduque en salud, de buen

ejemplo, cree autonomía, ayude a desarrollar conocimientos, desarrollo de capacidades, y, además, haga al niño que sea feliz, como si eso se pudiera conseguir así y fuera evaluable día a día. Y sin embargo, la familia cada vez es más pequeña.

En la escuela cada vez tenemos más responsabilidades, pero la escuela crece, quisiéramos todos que creciera más, pero crece. De los cuarenta niños por aula hemos pasado a los veinticinco. Del maestro por aula hemos pasado al maestro, más el maestro de apoyo, más el especialista. No estamos ni a mitad de camino de lo que creemos todos que necesitamos, pero es que la familia... Hace treinta años había siempre una mujer en casa, ahora ya no hay ni una mujer siempre en casa, por suerte. Muchas veces ya no hay ni pareja, por los procesos sociales, etc. La carga de tensión, de exigencias hacia la familia ha crecido desorbitadamente en responsabilidades hacia el hijo sin que nadie reconozca y avale los derechos y las necesidades de la familia sin hijos.

De la familia valoramos su dinámica y su dimensión productiva. La función productiva de la familia sigue siendo, desde el siglo XIX, tener hijos, si no tienen hijos, no es una familia, es una pareja y no cuenta esa pareja con apoyos organizados, culturales, para el desarrollo de las relaciones, las expectativas de pareja. Tenemos un modelo de infancia pero no tenemos un modelo de pareja. A la infancia le exigimos ingenieros, una ingeniería que ajuste las cosas. Nos pasamos horas y horas calculando, analizando, evaluando la manera de intervenir y, si a la infancia la atendemos con ingeniería a la familia y a la pareja con bricolage. Cada familia se lo tiene que montar como le parezca.

De los niños nos atrevemos a discutir y a ayudar, y de la pareja, Dios me libre, eso es de cada uno, pero la dimensión productiva, si. Hay algo ahí que nos chirría. Y no critico ni quisiera quiero oponerme a las expectativas, exigencias y derechos de la infancia. Pero los adultos también tienen una dimensión de crecimiento en la relación de pareja y si la familia es un referente, que supongo que todos estamos de acuerdo, la familia no es sólo un grupo de adultos atendiendo a lo importantes que son los niños. Esto genera con frecuencia padres, familias aún más estresadas, más angustiadas, y, sobre todo, culpabilizadas. Y eso no es bueno para nadie.

Identidad y subjetividad

Esta capacidad de decidir los procesos educativos nos han convertido a todos los que estamos aquí, a una parte de la humanidad todavía no, de súbditos a ciudadanos. La inmensa mayoría de la humanidad todavía es puramente súbdita de quien sea y si no es posible hablar de una identidad del niño sin hablar de los procesos identitarios de la familia, cada vez nos va a ser más difícil hablar de escuela, de nuestras escuelas sin hablar de la escuela en general. Tendremos que empezar a hablar también de la escuela de otros lugares y de otros países, que tampoco son tan lejanos a nosotros, por idioma o porque están aquí de inmigrantes.

Ciudadanos quiere decir partícipes de la ciudad, de un colectivo y la identidad. Eso significa, tiene que ver con la diferencia, con la peculiaridad de cada uno. Yo me atrevería a plantear que en la Educación Infantil, (y cuando digo la Educación Infantil digo la escuela, las familias, los maestros), va siendo hora

de ir enriqueciendo el concepto con ideas de subjetividad, entendiendo por subjetividad, no aquello que es relativo porque pertenece a uno y basta y que la identidad es algo objetivo, sino que la subjetividad es lo que nos caracteriza a todos que somos sujetos y que tenemos nuestra visión peculiar, pero también nuestra responsabilidad peculiar.

Ser sujetos significa tener responsabilidades y ser elementos de acción comprometidos con el entorno, entendiendo por entorno lo que cada uno quiera entender. Porque si hablamos de identidad no la podremos sostener. Si la vamos radicalizando no la podemos sostener. Hemos mejorado muchísimo los recursos tecnológicos, los recursos energéticos y eso está bien, si no, no tendríamos luz, no tendríamos calefacción, etc. No habría quirófanos para operar, pero en el momento que radicalizamos el uso de energías, entramos en un proceso que sabemos que no es sostenible y que nos lleva a procesos destructivos, a procesos selectivos, como no hay para todos hay que elegir quién se la queda.

Con la identidad yo creo que nos puede pasar lo mismo. En la medida en que vayamos radicalizando, acentuando los procesos de identidad individuales de cada sujeto, esto se hace insostenible porque la identidad necesita fundamentalmente dos o tres cosas, uno, el sentirse reconocido por los demás, y si todos estamos pendientes de ser reconocidos por los demás, a ver quién reconoce. Tiene que haber alguien que se olvide de sí mismo y se dedique a reconocer a los demás. Eso en un diálogo pedagógico escolar podría ser. Una maestra cobra, podría ser razonable, pero desde el punto de vista social, lo que es válido en la escuela tiene que ser válido en la familia, ahí empieza a contraerse. Además hay un proceso que en socio-

logía se llama el de la excelencia perdida y que tiene que ver con lo que hoy nos parece excelente, mañana nos parece normal y pasado mediocre y pasado, absolutamente insuficiente. Vamos a pensar, por ejemplo, en dinero. Si ganas unas oposiciones, el primer mes piensas que has ganado una «pasta gansa», al cabo de dos años dices que con eso no se puede vivir y la verdad es que el sueldo más o menos es el mismo. Las prestaciones que le pides a un coche, al siguiente coche le pides más prestaciones, etc. Y en las relaciones también. Aquella persona que un día te alucina y te enamoras de él, al siguiente día dices: «bueno, le tengo cariño» y al siguiente dices: «bueno, uno se acostumbra a todo». Reímos pero un poco funciona así.

Y si entramos en procesos de excelencia, con la identidad entonces, ¿qué nos pasa? Si la radicalizamos, los elementos que hoy me configuran como suficiente, mañana no me parecen bastantes elementos de afirmación de mí mismo y pasado mañana me parece absolutamente insuficiente y al día siguiente, entro en depresión por baja autoestima.

Si lo vamos agudizando nos llevará a un proceso de desequilibrio. En el horizonte de gente que se dedica a pensar, a escribir y a hablar de las cosas muy pensadas, va apareciendo, desde hace años la idea de subjetividad. Lo importante, dicen, no es tanto ya la identidad, ahora que ya nos reconocemos el derecho a la identidad, sino la capacidad de coherencia, la capacidad de argumentar, la capacidad de participar como uno más, como un elemento subjetivo. La subjetividad tiene sus colores y las relaciones devienen relaciones intersubjetivas, lo cual es más posible. Si no resulta, además, que desde los procesos identitarios acentuados es difícil

sostener el trabajo cooperativo, porque cada uno tiene que afirmar su identidad y lo que afirma su identidad es la diferencia con el otro y en un trabajo cooperativo lo que cuenta es que entre todos consigamos algo y no sepamos exactamente quién ha conseguido qué.

Si nos quedamos sin trabajo cooperativo, sin modelos cooperativos, sólo nos queda el modelo identitario, el modelo competitivo y para resolver esos problemas sólo tenemos un instrumento que son la mediación de los conflictos. Los conflictos en un modelo educativo cooperativo, en una familia cooperativa, en una escuela cooperativa, son necesarios. Es el instrumento de participación, de transformación. En un modelo competitivo, los conflictos necesitan mediación, porque tú lo ves de una manera y yo lo veo de otra, y a ver cómo arreglamos esto. Entonces necesitamos estrategias para pactar, para mediar. Y la mediación en la familia y en la escuela es un poco triste. Si entrar en el análisis que es importante también de los procesos de separación, cuando la posibilidad de diálogo se ha roto, no por no hablar, sino porque se ha entrado en un proceso de duelo, de pérdida y entonces la racionalidad no funciona y necesitamos a alguien que nos eche una mano, los mecanismos de mediación. Pero en estado habitual, es absurdo. Aceptar la mediación como la salida a los conflictos es aceptar que los procesos de identidad no se evalúen en función de su sostenibilidad en el grupo y entra en un proceso en el que necesitamos a alguien que «quite la basura», porque nosotros sólo podemos hacer cosas importantes y cada vez con más reconocimiento, porque el reconocimiento que teníamos ayer no es suficiente y el reconocimiento que damos al otro tiene que ir creciendo y si reconocemos mucho al otro a ver quién 'nos reconoce a nosotros.

Los procesos de identidad acentuados nos han llevado a la necesidad perentoria, inmediata, permanente de sostener y acentuar nuestra originalidad. Si antes, (antes quiere decir en el siglo XVIII, XIX) la realidad era que la manera de ser de cada uno dependía de su genética, de su apellido, los que andamos un poco más libres de estas cargas nos obligamos a ser permanentemente originales, por aquello del mecanismo de excelencia perdida. Y nos obligamos del hecho humano básico que es el desarrollo, es algo que se produce en la comunicación, en la imitación de los demás. Es imposible que aprendamos algo si no imitamos. Es imposible saber que hemos aprendido algo si no tenemos a alguien que nos escucha y que nos dice: «es verdad, te lo voy a copiar». Es imposible pensar si alguien no te escucha, o si no piensas que alguien te va a escuchar un día u otro. Entonces cuando acentuamos los procesos de identidad originales nos obligamos fundamentalmente a cuidar la imagen, porque no somos capaces de generar tanta originalidad, es imposible.

¿Quiénes somos?

Desde el punto de vista el yo, de Vicenç, lo explican los libros de medicina, de biología, que cada ocho o diez años toda la materia que constituye a cada uno ha cambiado, no hay ningún oligoelemento que permanezca más allá de diez años. Lo cual dice que nuestra sustancia cambia. Pero entonces, ¿quiénes somos? Si no somos la misma materia, ¿quiénes somos? Nos tenemos que basar en la memoria, lo único que sostiene la identidad es la memoria, nuestra propia memoria. Entonces es como un desquicio sostenerse siendo uno mismo en base a la memoria pero, a la vez, ir siendo originales cada día, o cada

vez. Es un desquicio. No quiero minimizar la importancia de tomar conciencia de uno mismo, de la identidad, ha sido una conquista que ha aportado mucha riqueza, pero la conquista es la ciudadanía, no la originalidad.

La ciudadanía quiere decir miembros de una comunidad. Y es verdad que en la dimensión educativa tenemos que hablar también de quién es cada uno, pero quién es cada uno está basado en la memoria y no está basado en la imagen, porque si la identidad de cada uno está basada en la imagen, eso no se sostiene, es pura apariencia y la apariencia es importante cuando es la expresión de un contenido, pero ese contenido tiene que estar y ese contenido está basado en la memoria y en el futuro.

Tenemos más tiempo que nadie para vivir. Poca gente, pocas generaciones, ninguna generación ha vivido más que nosotros, tenemos buena expectativa de vida, pero ahora que tenemos futuro, no sabemos que hacer con él. Nuestras generaciones anteriores estaban muy ocupadas en la supervivencia, en la reproducción y en la supervivencia. Ahora nosotros estamos menos ocupados en la reproducción, porque tenemos menos hijos y a veces no tenemos y en la supervivencia tampoco, porque mal que mal, todos comemos, tenemos un sistema seguro los que estamos aquí. Nunca nos parece suficiente pero entonces si no necesitamos defender nuestra supervivencia en qué invertimos los años, en qué podemos invertir los años, los días, las horas ... en inventarse futuro para todos, pero como nos da miedo pensar en el futuro, atamos el futuro, creemos atar el futuro viviendo presente, como si el futuro fuera una suma de presentes. Esto es una estupidez, es como decir que Javier o Vicenç son dos cubos de agua, dos kilos de hierro, me-

dio kilo de caos... eso es verdad, que estamos constituidos de eso, pero presentar a alguien diciendo: eso es Vicenç, eso debería ser Vicenç, vete a saber cuando. Vicenç es otra cosa. Pues el futuro no es la suma de presentes, no puede serlo y no podemos pretender abordar el futuro pensando sólo en presente, porque necesitamos pensar en futuro, necesitamos instrumentos para pensar en futuro.

Y el futuro tiene que ver con la felicidad. Si en situaciones de grave carencia el futuro es la supervivencia, en situaciones de relativo bienestar como es el nuestro, el futuro es la felicidad y como ciudadanos tenemos derecho a ser felices, pero no estamos obligados a ser felices, no estamos obligados a ser felices hoy, o a serlo siempre igual. En la escuela no estamos obligados a que los niños sean permanentemente felices ni las maestras permanentemente felices, ni las mamás y papás permanentemente felices. Es imposible. En todo caso, cuando la felicidad está asegurada, deja de ser felicidad. Igual que cuando el placer está asegurado deja de ser placer, se convierte en una necesidad que necesita de otro placer. Lo que da placer es aquello que consigues después de la espera, de la negociación contigo, con los demás, con el futuro, con el esfuerzo. Pero si no tenemos futuro, si no construimos, si no pensamos en futuro, sólo nos queda presente y el presente, la felicidad del presente son los placeres, no hay más, no tenemos otros instrumentos para pensar.

Cuando hablamos a los niños diciendo: cada uno quién es o cómo es. Posiblemente todas las escuelas hablan de la historia, posiblemente todas las escuelas hablan de la imagen, como eras, como eres ahora, etc. De qué color tienes el pelo, cuánto mides, qué te gusta y, ¿opiniones, argumentos, compromisos, co-

herencias, participación y futuro? Ahí nos cuesta, nos cuesta no porque no tengamos instrumentos pedagógicos, que nos los inventaríamos, sino porque nosotros no pensamos en eso. Tenemos dificultades para pensar en eso.

No es posible, pues, desde mi reflexión, hablar de identidad, de subjetividad también, sin incluir un vosotros, en el aprendizaje, en el participando, en el construyendo colectivamente. No es posible un niño solo. No existe. No existe un aula, eso no quiere decir que un niño solo sea grupo, es más que un grupo, pero no es sólo él. Sin grupos de pertenencia, sin subjetividad, sin compromiso de participación, sin coherencia en la participación, se funde la identidad y la idea de sostenibilidad y no es posible hablar de identidad de un niño si no estamos hablando de identidad de los maestros, de las maestras, de las familias, de la limpiadora, del vecino que pasa por la calle, y eso dejan de ser identidades y empiezan a ser subjetividades.

Los síndromes colectivos

Hay varios síndromes colectivos, yo lo llamo así, respecto a la identidad. Uno, ya lo he sacado a colación, es el síndrome de la excelencia perdida: nunca tenemos suficiente. Dicho de otra manera, lo que hoy nos parece excelente mañana nos parece normal, pasado insuficiente y al otro para deprimirse. Hay otro síndrome que es el de la avería, del estropicio. En este juego de seguridades y habiendo entrado en la dinámica de la tecnología, pues se supone que una interrupción de luz es una avería, es algo que no funciona. Que el ordenador se cuelga, es una avería. Si un coche tiene un pinchazo, es una avería.

Esta simbiosis con la máquina, con la tecnología, nos hace que cualquier cambio de humor sea una avería, que cualquier cosa imprevista es una avería en nosotros o en la relación con los demás y sabéis que en tecnología ya no hay piezas de recambio, se cambia y ya está y esto se aplica también a la relación de pareja, cuando empieza a haber averías ... podemos reír pero es muy serio. Pues al final, mejor cambiamos de pareja, igual que cambiamos de coche y no lo hacemos con la misma alegría, porque nos lleva mucho sufrimiento, pero es el mismo mecanismo.

Hemos entrado en un proceso de excelencia de la identidad, de excelencia de los procesos personales, de felicidad permanente, de placer seguro, pero no tenemos tecnología de reparación. Los conflictos los resolvemos o con mediaciones o con perdón, entendiendo por perdón un beso y adiós. Lo olvidamos. A nivel de conflicto, evidentemente nos tenemos que perdonar, pero perdonar no quiere decir olvidar o darnos un beso y seguir, perdonar quiere decir analizar qué ha pasado, ayudarnos unos a otros a construir elementos para que no vuelva a ocurrir aquella avería, y sobre todo nos obliga a una cierta reparación, en el sentido, no de compensación, sino de encontrar el instrumento y el esfuerzo para no volver a hacerlo. Pero si no cambias de tecnología, poco se puede hacer.

Es como con el ordenador, nos compramos uno y todo va bien pero nos advierten que hay que ir actualizando el sistema. Cada vez va teniendo más prestaciones el sistema, pero cada vez va más cargado, hasta que llega un momento que hay que cambiar de ordenador y pasan dos o tres años y cambias de ordenador porque ya no soporta todas las prestaciones que le has añadido, no que las utilizas, pero se supone

que va bien tenerlas para que no haya averías. Pero llega un momento en que el sistema no sostiene tanta actualización, tantas competencias y decides cambiar de ordenador. En la pareja, en las relaciones ocurre un poco lo mismo. Hasta que al cabo de cuatro cambios de ordenador decides no poner tantos programas porque al final no los usas. Al final, entramos en un proceso de aceptación pero por estrés, como esto no hay quien lo resuelva, lo dejamos así y ya está. A lo mejor nos podríamos ayudar todos a hacerlo antes, sin haber tenido que cambiar tantos ordenadores o tantas relaciones o tantos proyectos.

Visto así, y voy a entrar en la reflexión abierta de que ha pasado con las ideologías, con los valores, que es un discurso que también tiene que ver con la identidad, pero que nos alejaría ahora del hilo, pero si que quisiera comentar que a mi manera de entender en buena medida hemos sustituido la utopía por el narcisismo. En lugar de grandes proyectos sociales o grandes proyectos profesionales porque al final te lo estropean y es imposible, depende de demasiadas cosas, pues algo tiene que ilusionarnos y el gran proyecto somos nosotros mismos y eso tiene un nombre que es narcisismo y sabéis lo que le pasó a Narciso, que se ahogó en la charca porque esto no tiene salida, se necesita un grado suficiente de narcisismo para ser capaz de superar los conflictos pero cuando uno se pasa de narcisismo lo que hace es sólo generar conflictos.

Las diferentes inteligencias

La inteligencia emocional apareció en un contexto en el que también se habla de inteligencia ética. Igual que sería absurdo que alguien planteara el de-

sarrollo desde la dimensión motriz de las capacidades humanas y sólo eso, porque sabemos que sería absurdo, porque el desarrollo es global. Pues lo mismo es absurdo pensar que la relación con los demás, la construcción de las habilidades y la construcción de la identidad se basa fundamentalmente en la inteligencia emocional.

Eso forma parte y no es que exista, es una dimensión de análisis, de un concepto, que forma parte del mismo discurso en el que es necesario el análisis racional, la inteligencia racional, la ecológica, la inteligencia motriz, la inteligencia emocional y la inteligencia ética. Porque es verdad que tenemos unas capacidades como demostraba aquella niña viendo el vídeo de Forman de intuir los procesos emocionales de su compañero de juego, pero también es verdad que hay una dimensión ética. ¿La dimensión ética donde estaba en el vídeo? Estaba en que no sólo había uno, había tres. Estaba en que el conflicto podía aparecer en determinadas situaciones. En determinado grado de conflicto el maestro hubiera intervenido, lo hubiera cortado, el material estaba preparado para que pudiera ser usado por niños sin demasiado riesgo.

Pues si eso es en el ambiente, en las propuestas educativas, en la generación del ambiente colectivo, en la planificación, es necesario entrar en procesos de análisis emocionales, qué emociones tengo, como identificar con claridad cuales son los referentes éticos y morales, porque si no es como si educáramos desde la motricidad y nos olvidáramos de la lingüística o educáramos desde la matemática y nos olvidáramos de la sociabilidad. Esto no funciona así. Tiene que haber un grado suficiente de las diferentes dimensiones e inteligencias.

Y esta participación de las diferentes inteligencias es lo que hace posible la aparición de proyectos y lo que hace posible algo peculiar de los humanos que es la conversación. ¿Necesitamos estar aquí? No ¿por qué estamos aquí? Porque nos apetece, porque nos parece que nos va a ir bien, por compromiso. No estamos aquí porque necesitemos comer. Nos vemos con los amigos y amigas porque nos apetece hablar, pero nos apetece hablar no sólo por la dimensión emocional y el placer sino por las conquistas congestivas que hacemos hablando, con el grado de generosidad que eso implica de escuchar al otro, porque no siempre que te llaman te apetece, pero si intuyes que lo necesita, lo haces. No es la emocionalidad del gusto de escuchar al otro, sino que ves que está sufriendo y es la ética y el compromiso de la relación y eso no es emoción, eso es moral y eso es lo que sostiene a los proyectos.

Los proyectos pueden tener un constructo racional como evidenciaba Forman ayer, pero lo que alimenta el proyecto es también la comunicación y lo que sostiene al proyecto es la emoción. Necesitamos recuperar la capacidad de utopía involucrando las emociones, el lenguaje, la comunicación, el compromiso y la inteligencia juntos, de manera que la emoción no nos lleve sólo a elucubrar, a imaginar lo que nos gustaría. Está muy bien imaginar lo que nos gustaría pero si no somos capaces de mantener una relación objetiva con la realidad, objetiva quiere decir que se ajuste a las posibilidades y que sea compatible con los demás en alguna medida, entonces nos desquiciamos, entramos en paranoias y desequilibrios personales. Igual que si sólo entramos en procesos racionales lógico-matemáticos, perdemos la capacidad de relación con los demás que tiene que ver con la empatía, con la intuición, etc.

Este mecanismo son los proyectos, las acciones, los diálogos en los que hay tanta disponibilidad emocional como exigencia intelectual. Dar por bueno cualquier cosa porque alguien lo ha dicho es una estupidez. Eso lo haces la primera vez cuando no has hablado nunca y cualquier cosa se la damos por buena, pero a la segunda no y a la tercera menos. Y nos sentimos capaces cuando participamos en un medio que nos hace capaces, que nos permite entre todos construir cosas que reconocemos como importantes. Eso es cuando alguien nos dice ¡qué bonito! Hoy nos dirá ¡qué bonito!, mañana nos tendrá que decir: ¡eres excelente!, al tercer día nos tendrá que decir: ¡no hay nadie como tú! y al cuarto qué nos dirá.

El sentido del tiempo

Necesitamos, y yo creo que nos iría bien para no ahogarnos en el narcisismo, la reconstrucción del sentido. Lo que caracteriza a los humanos es el sentido que damos a las cosas. Comemos pero no por nutrarnos sólo, sino por muchas otras cosas. La dimensión nutritiva es la que más olvidamos con frecuencia. Los cuatro privilegiados que nos movemos en este país y en otros países como éste.

Cuando nos relacionamos, nos relacionamos sobre todo por el sentido que tienen las relaciones. Eso es peculiar de los humanos y el sentido tiene que ver con el futuro, con el análisis del tiempo. Los humanos sólo sabemos construir sentido relacionándolo con los procesos del tiempo. Donde estamos y donde queremos ir. Qué queremos, qué queremos conservar y qué queremos dejar. De dónde venimos y hacia dónde vamos. Qué tengo, qué me molesta. Nuestro pensamiento es temporal. Pero temporal en el sentido del «kairós», del valor,

de la divinidad, de la temporalidad, no en el sentido de la hora. La hora nos organiza el trabajo, nos organiza la compra, la dimensión económica está supeditada al reloj. Cobramos por las horas que hacemos y nos encontramos en función de los horarios. Pero la temporalidad, aquello que nos hace sentir felices, aquello que nos acerca al sentido compartido, es algo que no tiene que ver con el reloj. Es más, en cuanto empezamos a hacer algo que nos parece importante, dejamos el reloj. Y sabemos que las cosas importantes cuanto más despacio las hacemos, mejor. Es diferente de las cuestiones de trabajo en las que miramos el reloj porque cuantas más cosas hacemos, mejor, porque más producto sacamos. Y va bien sacar producto en el terreno de la productividad, pero en el terreno de la vivencia, el rey es la lentitud.

Y necesitamos, por tanto, la capacidad de vivir en el tiempo, en la temporalidad, y necesitamos para eso ritos, rituales. La vida en familia necesita unos rituales, la escuela necesita unos rituales. La escuela tiene que decidir cuáles son los rituales importantes. No se si el ritual más importante de la escuela es el Carnaval. Puede ser, pero porque lo decidamos. Si no es ese, cuál es, ¿la Navidad? Tampoco ¿verdad? Porque los rituales son cosas que se hacen juntos. Este es un ritual. Encontrarnos. Esto parece casi una iglesia. Alguien que oficia, el respeto del silencio, los horarios. ¿Por qué? Porque consideramos la formación importante, la organizamos en un ritual. Las tomas de decisiones en las escuelas las ritualizamos, el claustro, etc. ¿por qué? Porque es importante. La vida cotidiana necesita rituales. Hay algo que tiene que ver con la espontaneidad, pero es tan importante la espontaneidad como la ritualización de las cosas. Que no quiere decir encasillar las cosas en una normativa y en un horario. Eso no.

Buscando lo esencial

Necesitamos unas ideologías, no se si de partido o no, pero necesitamos «idealizar» algo, porque si no idealizamos los proyectos, es imposible funcionar.

Porque idealizar significa movilizar y organizar. El primer proceso de ideación es la construcción de la palabra. Y cuando idealizamos estamos sacando un genérico de múltiples situaciones que lo que quisiéramos es que todas tuvieran que ver con algo que hemos idealizado. Pero idealizar también significa, en este sentido, comprometerse y gestionar. No podemos sostener la escuela desde la banalidad, desde el «bricolage» y desde el «todo vale». La escuela del «bricolage» sirve para arreglar cosas, para aprovechar estanterías, etc. Pero lo sacramental, lo importante no puede ser «bricolage», tiene que ser ingeniería.

No puede ser que cada uno considere importante lo que sea. La primera discusión es el papel del segundo idioma en la escuela, o el tercero o el cuarto. Tenemos niños que llegan en alemán, aprenden catalán, aprenden castellano y el inglés; cuatro antes de los cinco años. Tenemos que jerarquizar estas cosas. Y la escuela tiene que jerarquizar cosas más importantes que esas. El papel de la bondad, qué es lo que consideramos verdad en la escuela. Las opiniones no son verdad, son parte de la subjetividad, y es bueno que haya opiniones, pero la verdad, ¿no existe? Si la verdad no existe para qué queremos la inteligencia, para qué queremos el conocimiento. Tenemos el mito del amor y el amor existe. Después cada uno hace lo que puede y al final dice: ¿esto era todo?

La verdad tiene que ver con un posicionamiento mítico de interpretación

de la realidad, que después no hay ninguno que sea exactamente la verdad, pero tiene que haber. En la escuela tiene que estar sacralizada la verdad, entendiendo por verdad lo que la escuela decida, no lo que cada maestro decida, pero la opinión no es la verdad, porque si esto nos lo cargamos, sólo nos quedan dos cosas:

Una, la inmediatez, el directo, lo que he visto en directo, eso es verdad, lo otro, no se. Lo que es inmediato, te dicen corriendo lo que ocurre y se resuelve en aquel momento, eso es verdad, lo demás, vete a saber tú las manipulaciones que hay. Entonces, damos por bueno lo que en la tele aparece como directo, eso es verdad, y yo creo que somos mayores y ya sabemos que el directo y la verdad no es lo mismo. Y, en otro momento, si no decidimos qué es la verdad en la escuela o cual es el elemento sagrado que construye la verdad, recurriremos a la sinceridad, puesto que no hay una verdad, pues la sinceridad. Como si, la sinceridad fuera un paliativo de las mentiras, como si la sinceridad no fuera parte de una mentira, porque si sinceridad quiere decir, decir lo que pienso, ahora pienso una cosa, después pienso otra. Es normal. Además, todos sabemos que cuando decimos que decimos lo que pensamos, es que no hemos pensado qué estamos diciendo y que cuando pensamos lo que vamos a decir, pensamos que no lo vamos a decir todo. Esto es así, ¿alguien soportaría esta sinceridad radical en la pareja, en la escuela?

En la relación con los niños la sinceridad no es un instrumento. No le puedes decir a un niño lo que piensas de él. Eso no le ayudaría, ni sería bueno que los padres nos dijeran sinceramente lo que piensan de nosotros nuestro compañero nos dijera since-

ramente, como si eso fuera la verdad. Entonces, para salir de estas hipotecas necesitamos construir un referente mítico de verdad y de bondad. Porque es verdad que cada uno es como es, pero tenemos que acordar alguna manera que nos organice a todos, porque si cada uno es como es, cerramos las escuelas mañana mismo y a vivir. Pero yo me voy de este país. La bondad no puede ser fruto de la espontaneidad o de la originalidad de cada uno. La bondad tiene que ser fruto de un constructo compartido. Y la identidad, la identidad del niño, la identidad del adulto, la identidad de las mamás, de los papás, necesita de la verdad, de la bondad y que la sinceridad quepa, pero que no lo domine.

La identidad tiene que ver, por lo tanto, con la construcción de la vida íntima. La vida pública la tenemos más o menos organizada, hacemos asambleas en la escuela, pero si ser uno mismo significa lo que compartimos con los demás, eso no es. Si ser uno mismo quiere decir lo que compartimos con los demás más los secretos, eso eleva los códigos bancarios a la categoría de intimidad. Y no es verdad. La vida íntima, la vida espiritual tiene algo más que números bancarios o el pin del correo electrónico aunque es verdad que eso forma parte del secreto de cada uno, pero la vida íntima de cada uno no puede estar orientada o sostenida con códigos pin y con secretitos. Es algo más. Es más, a menudo la intimidad se hace pública y no por eso deja de ser íntimo, pero tenemos que empezar a hablar de pensamientos, de poesía, de proyectos, de análisis que cada uno hace desde procesos muy íntimos, desde compromisos muy personales, muy peculiares, pero no por eso son secretos.

La capacidad de transformación

El vivir tiene que ver con el crecer. No nos podemos imaginar vivir sin crecer, en alguna dimensión. Más que en la fase ya de recogida final, donde las exigencias vitales pasan por otros derroteros, pero para el niño y para los adultos que estamos aquí, vivir significa seguir aprendiendo, seguir creciendo, pero eso tiene que tener algún modelo, alguna referencia, que no quiere decir una doctrina, pero si unas propuestas con las que cada uno discuta y se apropie de una parte, y eso significa crecer en la paternidad, en la maternidad, crecer en la profesionalidad, crecer en cada uno, en el ser de cada uno, en el pensar de cada uno.

Las personas necesitamos modelos, unos modelos que no vengan impuestos por doctrinas pero si que se puedan elaborar compartidamente. A nadie se le ocurriría montar una escuela y elaborar él su proyecto curricular, porque se necesita la discusión. Pues el modelo de crecimiento personal es decisión desde la modernidad, desde la Revolución Francesa, de cada uno, pero esa decisión de cada uno no significa la soledad de cada uno, la salud de cada uno es responsabilidad de cada uno pero no quiere decir que sea la soledad de cada uno. Bien estaríamos todos aquí si nos tuviéramos que resolver los problemas de salud y no contáramos con propuestas, con modelos, con alternativas en las que movernos.

En todo caso, ser uno mismo sólo puede sostenerse, creo, desde la idea de la transformación. No podemos seguir pensando que ser uno mismo es conocerse porque esto era cuando teníamos un modelo asignado, entonces tenías que

conocer qué era ser mujer, bueno, pues tú eres mujer, descubre lo que es ser mujer. Esto ya no es así. Ser hombre, ya aceptamos que no hay un modelo asignado. El modelo tiene que crearse. Ya no podemos hablar de acceder a la identidad de cada uno por el conocimiento de cada uno, sino por la elaboración de cada uno, por la capacidad de construir el relato de cada uno. La idea ya no es, desde mi punto de vista, conocerse, saber cómo uno es, sino saberse explicar como se explica un cuento con puntos suspensivos, explicando lo que viene después. Sabiendo transformar las narraciones.

Los niños ya no sólo deben ser capaces de conocer el cuento sino de transformar el cuento y de identificar qué es lo que cambia el cuento. Los niños saben cuando cambia el cuento, lo notan y se quejan. Eso es bueno. Pero en la identidad no es posible mantenerse fiel a un guión asignado, yo no lo creo. Hay que inventarse el guión, pues hay que saber fabricar el guión, y para saber fabricar guiones tenemos que saber qué es lo que hace cambiar los guiones.

Yo utilizo, porque es muy fácil, el ejemplo de Caperucita Roja. Si en lugar de Caperucita Roja ponemos a Caperucita Azul, el cuento no cambia en nada, ahora, si cambiamos las secuencias cambia muchísimo. Si en lugar de encontrarse al lobo cuando va a casa de la abuela se lo encuentra cuando vuelve, ya tenemos que montarnos otro cuento absolutamente distinto y lo único que hemos hecho es cambiar el tiempo, el lugar, y pasamos de abordar la ordenación temporal diciendo: «descubre que es lo que está mal» a «descubre qué es lo que cambia la vida», aprende a cambiar la vida, pero no tu vida, la de los demás. Porque cuando Caperucita se encontrara al lobo al volver de casa de la abuela, lo que cam-

bia no es la vida de Caperucita, con esto ya hemos cambiado la vida de la abuelita y, a partir de aquí, cambia toda la narración, no del protagonista, de todos. O sí, en el momento en el que el lobo le propone algo a Caperucita, toma la decisión de no creérselo qué ocurre con un no en ese momento, pues nos tenemos que inventar otro cuento.

Son ejemplos de capacidades que yo creo que va bien desarrollar entre nosotros mismos y para desarrollarlas entre nosotros mismos muchas veces las hacemos a través de los niños. Los educadores enseñantes descubrimos el cuerpo porque necesitábamos que los niños descubrieran el suyo, entonces vamos a ver cómo lo hacemos, teníamos un cuerpo escondido pues había que aprender a manejarlo y a enseñarlo y a vivirlo. No podemos pensar en las capacidades de transformación del niño si no creamos un contexto de transformación social. No es posible hacerlo de otra manera. Las verdades no eran inmediatas y el cambio necesita unos cuantos años.

El otro día en el equipo de trabajo hablábamos del trabajo con los padres y alguien dijo: «es que si pienso que los padres son como son y no los voy a cambiar, yo me voy más tranquila a casa, he hecho lo que he podido y he acabado». Mañana también y al otro también. Lo que pasa es que eso quita el sentido al trabajo. Si todos sabemos que la colaboración de los padres con la escuela es un elemento de calidad y damos por supuesto que eso no es posible y nosotros no podemos incidir, pues nuestro trabajo decrece, se vuelve pequeño. Cada vez nos desilusiona, porque para qué ir a trabajar si no podemos cambiar la escuela. En cambio si pensamos que eso es posible y que, en todo caso somos responsables en alguna medida de buscar estrategias de escucha,

de participación, de transformación, pues a lo mejor hoy me voy más preocupado a casa, pero dentro de cinco años seguiré teniendo ilusión por participar, porque pensaré que en mi compromiso con el grupo hay un camino que hacer.

El tiempo del calendario

Para acabar, el otro itinerario es dejar de privatizar el tiempo. La lucha social fue por crear territorios compartidos: espacios naturales, urbanizar el territorio, porque si lo urbanizamos, no en un sentido de hacer casas sino que lo convertimos en espacios de ciudadanía de los diferentes modelos, zonas verdes, etc., deja de ser un territorio de alguien para ser el lugar de vida de todos, con los espacios personales necesarios y suficientes.

Yo creo que hemos entrado en una dinámica en la que el tiempo es el dios. Antes los dioses eran Zeus, quien fuera. Ahora el tiempo es dios y los héroes son los que van veloces: Fernando Alonso, los velocistas, son los grandes héroes. Los que vencen son los representantes de los poderes del dios. Antes sacrificábamos vírgenes (los romanos) ¡que desastre! sacrificar vírgenes al dios, a la diosa, al dragón, para estar en paz con él. Pues ahora sacrificamos vidas a la velocidad, que es la negación del tiempo. Creemos que yendo deprisa vencemos el tiempo y es una estupidez. La velocidad es una cuestión de desplazamiento territorial, no una cuestión temporal, y no porque corramos más vivimos más tiempo y entramos en la paradoja de que queremos ir deprisa pero nadie quiere llegar al final.

El tiempo colectivo es el tiempo del calendario, el tiempo que representa el calendario. Todos teníamos un mismo ca-

lendarario y nos organizábamos a partir de ese calendario, donde había un espacio para trabajar y un espacio para rezar o para compartir las cosas sagradas con los demás. Compartir los sábados y domingos con la familia, la fiesta del pueblo en las que todos nos reconocemos miembros de una comunidad ciudadana. Eso se ha privatizado, estamos en un proceso de privatización y lo convertimos en agenda. El tiempo se administra por la agenda y en la agenda se escriben los trabajos, nadie escribe en la agenda el día de la fiesta de su pueblo, porque no tendría sentido, sería estúpido, no sería fiesta. Sólo lo escribe si alguien no es de ese pueblo y sólo va de veraneo o vuelve después de veinte años y se lo escribe para no olvidarse.

El calendario lo organiza lo sagrado, no es para organizar el trabajo, sino para organizar lo sagrado. Necesitamos hacer figuras en el calendario a aquellas cosas que consideramos importantes, las establecemos con rituales y de forma jerarquizada y el calendario siempre tiene que representar ciclos. El calendario no son anécdotas, son ciclos: primavera, verano, otoño, invierno. Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo. El año litúrgico; vuelta a em-

pezar. ¿Por qué? Porque pertenecemos a una cultura milenaria donde lo sagrado, lo perfecto es el círculo, es el recomienzo, es la historia sin fin en espiral y salimos del tiempo del trabajo que es un tiempo lineal: a las ocho una cosa, a las nueve otra, para saltar al tiempo de lo sagrado, un tiempo circular, en espiral y eso necesita ciclos y la vida tiene que ver con los ciclos.

Necesitamos ser capaces, no sólo ya de construir el relato personal, sino de construir el metarelato del grupo. El grupo se identifica por su historia pero por su proyecto también. Los grupos necesitan construir proyectos que representen cosas importantes y los grupos no son los grupos de aula, ni son los grupos de escuela, son los grupos de ciudadanía: padres, madres, abuelos, maestras, bedel, ayudante, limpiadora, etc. Pues no es posible pensar desquiciadamente que para desarrollarse uno necesita la globalidad y que para desarrollarse en la comunidad es posible el desarrollo individual. Para que haya posibilidad de calidad de vida, necesitamos la calidad del grupo. Para que haya sentido de vida necesitamos sentido del grupo, que es el que alimenta, sostiene, reconoce e interpreta lo de cada uno.

Dirección de contacto:

arnaiz@cop.es

